

teriales para contener á sus diez y siete millones de eslavos, que se van con su mayor enemigo, el panslavismo; necesitado de mediar entre dos opiniones tan conciliables como éstas: una que le pide su union á Turquía, y otra que le pide su union á Rusia; temerario si toma algun partido, imprevisor si no le toma; aquí amenazado por la separacion de Bohemia, y allá por la separacion de Trento; con más dificultades que ningun otro príncipe, y sin más esperanza, de inclinarse á un lado, que la amistad incierta de Inglaterra, y á otro, que la amistad homicida de Alemania y Rusia. Así es que todo el mundo se indigna ó se rie cuando estas dos grandes potencias, Austria é Inglaterra, hablan de su neutralidad y la encarecen con tantos encarecimientos, pues no pueden pasar en realidad por otro punto, como no se decidieran á esos raptos de audacia que salvan ó pierden definitivamente á los pueblos.

---

## DESGRACIAS DE ORIENTE.

---

Desgraciadamente, la Europa oriental no se encuentra mejor que la Europa occidental. Por todas partes se extiende el malestar y la ansiedad. Los rumanos continúan doliéndose de la pérdida de Besarabia, y asustándose del crecimiento que toma Austria en los negocios de Turquía. Los búlgaros, recién salidos de la esclavitud, se encuentran como esos ciegos que acaban de recobrar la vista y que no tienen la medida de las distancias. Así, el príncipe á su trono elevado se apercibe á imitar otros régios ejemplos, y á irse, cansado de un radicalismo que no puede sufrir, de unas Cámaras que no puede entender, y de una Constitucion mediante la cual no puede gobernar. Los griegos, á su vez, se cansan de pedir á la implacable indiferencia turca una rectificacion de fronteras, indispensable á su seguridad, y jamas obtenida en continuas é interminables

conferencias. Luchan sangrientamente los albaneses con los montenegrinos, que no quieren cambiar la autoridad del Sultan por la autoridad del príncipe Nicolas, como los tiroleseos aquellos, de quienes hablaba con tanta gracia Enrique Heine, muertos á racimos heroicamente en sus desfiladeros por si habian de tener un rey con casaca blanca ó un rey con casaca celeste.

No se puede comprender, sino estudiando la Historia, cómo se repiten á través de los siglos los fenómenos políticos. Los negocios de Oriente se hallan casi en los mismos términos que en el pasado siglo. El Austria y la Francia sienten hoy contra Prusia la misma enemistad que sentian María Teresa y Luis XV contra Federico el Grande. Rusia entiende entónces que no puede ser potencia europea sin Prusia, y que no puede influir sin Austria en Oriente, puesto que debe combatir al mismo tiempo con Turquía y con Inglaterra, y debe excitar los griegos á la independencia, pero no hasta el punto de que eclipsen á los eslavos. Exactamente lo mismo que ahora. Y no es mucho, pues épocas más remotas se reproducen y casi se renuevan en estos nuestros dias. Hace poco, embargado con el aspecto que ofrece la cuestion religiosa á nuestra misma vista, estudiaba yo con atencion religiosa una época muy apartada de nosotros, muy diversa

de la nuestra y á la nuestra muy contraria, por su carácter religioso, artístico y científico: la época en que la pintura se llama Rafael, la ciencia Erasmo y Vives, la poesía Ariosto, la política Borgia ó Maquiavelo, la escultura Miguel Angel, la elocuencia Savonarola, el pontificado Leon X, la monarquía Carlos V, la arquitectura Brunelleschi, la revolucion Lutero y la reaccion Ignacio de Loyola. Es la edad en que los Concilios de Basilea y de Constanza condensan las ideas revolucionarias; en que las Academias de Florencia resucitan la antigüedad; en que los artistas encuentran en las ruinas de Roma la estatua clásica y la coronan con la aureola católica; en que Vasco de Gama resucita la tierra de lo pasado, donde han nacido los dioses, y Colon encuentra la tierra de lo porvenir, adonde van á desaguar todas las ideas; en que Copérnico revela el cielo, y la universal agitacion del espíritu humano revela tambien todo el poder de la humana conciencia.

Y sin embargo, historiando la segunda mitad del siglo décimoquinto y la primera del siglo décimosexto, historiamos los aspectos principales del problema religioso, tal como hoy está planteado en todo el mundo cristiano. Entónces el Concilio de Florencia trató la naturaleza de ese cisma griego, que se extendió y se arraigó

en los pueblos del Norte y del Oriente de Europa, merced á la caída en poder de los turcos de esa Constantinopla próxima hoy á entrar de nuevo en poder de los cristianos. Entónces la reforma moderna de Lutero fundó la Iglesia protestante y monárquica de Alemania, y la Iglesia aristocrática y parlamentaria de Inglaterra, tan poderosa la una en el centro de Europa, y tan influyente la otra en todos los pueblos liberales del mundo.

Entónces Zuinglio y Calvino predicaron en Suiza el protestantismo democrático, que educó á los cantones helvéticos, á los republicanos holandeses, á los peregrinos de Inglaterra y á los profetas de la democracia en el Norte de América. Entónces Savonarola recogió la pura tradición evangélica en los labios mismos de Cristo, resucitado nuevamente por sus éxtasis y traído del cielo á la tierra al llamamiento de sus oraciones; esa tradición evangélica, por la cual San Benito desarmó con las ideas el mundo de la barbarie, y San Francisco llevó la democracia al seno del feudalismo; esa tradición evocada en San Márcos de Florencia para demostrar cómo la libertad y la república y las instituciones democráticas son compatibles con el catolicismo; de suerte que entónces nació también la escuela católica liberal, á cuya doctrina han pertenecido

tantas grandes almas, y que parece abrirse ahora paso desde la conciencia solitaria de algunos pensadores aislados á las alturas mismas del trono pontificio. Entónces se fundó también por Ignacio de Loyola ese catolicismo probabilista, jesuítico, casuístico, ultramontano, absolutista, cuyas dos últimas fórmulas han sido el *Syllabus* y la infalibilidad de los papas. ¿No os parece estudiar los mismos problemas y asistir á las mismas agitaciones de nuestro tiempo?

Así puede comprenderse que suceda igual fenómeno en la cuestión de Oriente. En 1769 sigue Federico de Prusia proceder muy semejante al que siguió Bismarck en 1875, al comienzo de la guerra oriental, sosteniendo por un lado á Rusia y por otro lado maquinando contra Rusia. Dirigiáanse entónces á Prusia el Imperio moscovita y el Imperio austriaco, cual hoy se han dirigido al Imperio alemán. Como Bismarck, Federico se desligaba más de los dos Imperios aliados en el fondo, siempre que aparecía con ellos más unido en la apariencia y en la forma. Entónces los rusos triunfaron difícilmente en Khotin sobre los turcos, á la manera que ahora han triunfado difícilmente en Plewna, y á consecuencia de este triunfo difícil, fueron dueños de Moldavia y Valaquia, como ahora dueños de Bulgaria. En 1770, Kaunistz, el primer ministro de Austria, hace lo

mismo que acaba de hacer un siglo más tarde Andrassy: halaga fingidamente á Francia, como Andrassy halaga fingidamente á Inglaterra, y concluye por irse en definitiva con Prusia, por buscar en Oriente, más que un límite á la ambición rusa ó una garantía á la conservación del Imperio turco, un pasto á las propias ambiciones y una base á su futura grandeza. No acabariamos nunca si hubiéramos de referir á la menuda todas las analogías existentes entre la cuestión oriental como se encontraba en el siglo pasado, y la cuestión oriental como se encuentra en nuestro siglo. Limitémonos, á guisa de secos cronistas, limitémonos á narrar los más recientes sucesos.

Ninguno tan curioso como el combate diplomático empeñado entre el Embajador de Inglaterra y el Sultán de Constantinopla. Un turco, perteneciente á las castas teocráticas del Imperio, cayó en el singular atrevimiento ¡caso rarísimo en Turquía! de traducir á su lengua los libros santos, sin duda con ánimo y propósito de esparcir doctrina tan austera como la doctrina protestante en mongoles tan mahometanos como los vasallos de la Puerta. Un luterano, sobre todo si pertenece á la Iglesia de Inglaterra, no duda nunca de la virtud de su propaganda. Lo mismo se dirige al chino, casi privado de toda noción devota, que al indio, circuido de dioses

tan numerosos como las gotas de agua que componen los caudales del Ganges. Con la misma fe entrará á buscar un nubio en las ruinas de Egipto, que un malayo en las selvas de los archipiélagos asiáticos. Yo los he visto, bajo el cielo más espléndido de España y á la puerta de las catedrales más magníficas, alargar á gentes ahumadas de incienso y extáticas á los acentos del órgano, libros, que rechazaban como una horrible tentación al pecado. Hombres de esta fe ya pueden creer que la Biblia entrará en el corazón de los mahometanos, donde anidan de antiguo el patriarca Abrahán, el ángel Gabriel y otros personajes bíblicos. Cuando estudiáis los orígenes del islamismo, sentís indudable extrañeza, considerando cómo aquellos nómadas de Arabia, que veían refugiarse en sus desiertos y en sus oasis tantos judíos ortodoxos y alejandrinos, tantos herejes de todas procedencias, tantos cristianos de todas sectas, tantos pensadores que sacudían de su manto el polvo de lejanas tierras, y de su mente las ideas de lejanas iglesias, tantos misioneros de creencias diversas, permanecieron indiferentes á pesar del poco apego que tenían á sus ídolos, y sólo se exaltaron y se movieron á la voz de un Profeta, cuya doctrina cuadraba tan perfectamente á la particular índole de su naturaleza y á la genuina inspiración de su genio. Y

áun hay una gran distancia entre los árabes puros y estos mongoles, que forman la raíz verdadera de la gente turca. Los que con tanta facilidad abandonaron el budismo por el mahometismo, y luégo con tanta dificultad abandonan el mahometismo, han hallado en esta religion el centro de sus almas. El paraíso material rebozante de placeres, poblado por las huríes, cuya saliva endulzaba los mares, y cuyo amor excluía el cansancio y el hastío, aparece como ideado con el pensamiento puesto en la raza materialista y voluptuosa que compone hoy el sacerdocio más puro y el ejército más entusiasta del Islam. Por consecuencia, como no hay miedo de que abandonen el Koran, reconozcamos dos cosas: primera, el candor de los traductores de Biblias al turco, y segunda, la inutilidad de las leyes preventivas dadas por los Sultanes para preservar á su tenacísimo pueblo de las apostasías.

Y un pastor aleman, Kolle, ha creído útil traducir la Biblia al turco, y un molah, Tewfik, la ha traducido, y un prefecto de policía turco, Hafiz, ha castigado al molah, y un embajador de Inglaterra, Layard, ha pedido los papeles del pastor, la libertad del molah, y las penas más severas para el prefecto, so amenaza de abandonar, en caso de no encontrar satisfaccion, la embajada y romper las relaciones de Inglaterra con

Turquía. Los turcos, que la echan, y con razon, de hábiles diplomáticos, y que saben, como si los tuvieran escritos en la uña, sus derechos y los límites de estos derechos, objetaron que no veían razon valedera para que un extranjero protegiese á un súbdito turco, ni un embajador inglés reclamase por un sacerdote aleman. Afortunadamente para Mr. Layard, intervino en sazón oportuna el Embajador de Alemania, pues entre visitas ofrecidas y luégo revocadas por unos, entre audiencias dadas y luégo negadas por otros, entre notas más ó ménos apremiantes y defensas más ó ménos fundadas, el asunto se iba terriblemente enmarañando en dificultades insalvables. Parece que los papeles se le han devuelto al pastor, que el castigo se le ha remitido al molah, que la prefectura se ha quedado con su prefecto, y que el Embajador ha puesto su último empeño en que se dieran algunas excusas por el Gobierno, dadas ya oficialmente. Y creo que esta reclamacion equivale á la gota mínima de agua por la cual se vierte un vaso rebozante. Inglaterra está empeñada en que Turquía reforme su política y su administracion, pero la reforma nunca llega. Hay pueblos que saben morir y no saben reformarse. Todos los proyectos más sabios se han perdido en cuanto han llegado á la práctica. Todas las Constituciones más avanza-

das se han desvanecido con el humo y el estampido de los cañonazos que anunciaban su promulgacion. La jóven Turquía, que se asemejaba á un retoño de primavera en un árbol de cien siglos, se ha podrido con la pobre sávia y la triste carcoma de que brotára. Tener legislaciones inmóviles, inspiradas por una sabiduría infalible, códigos fundados en la divina omnipotencia, política consagrada por la religion, y luégo pedir reformas y más reformas á quien se cree eterno, sobrenatural, impecable, ¡ah! es uno de los mayores desvaríos que acaricia hoy la diplomacia europea. El tiempo puede tender sus velos sobre estas instituciones seculares y mitigarlas un poco; pero no hay medio de reformarlas cuando se necesita destruirlas. Podeis pedir al Sultan que borre la sujecion aparente de Rumanía, que reconozca un nuevo reino en la Sérvia, que arrastre sus albaneses hasta el pobre trono alzado en la montaña negra, que entregue la Bulgaria al primer príncipe designado por Rusia, y que deje la Rumelia á cargo de una administracion diplomática, y la antigua Chipre á cargo de una administracion europea, pero no podeis pedirle que reforme, por ser la reforma, no sólo superior á sus fuerzas, sino incompatible con su existencia.

Ahí teneis al Sultan en su kiosko de las estre-

llas, desde el cual se descubre panorama tan espléndido como su antiguo Imperio, gallarda muestra de la Naturaleza, tan sujeta á la fatalidad como su conciencia musulmana. En otro tiempo reinaban allí la autoridad y la fuerza, y se abria completamente á las caricias del aire y al culto de los hombres. Hoy triple muro lo rodea; treinta mil soldados lo guardan; vana sombra de antiguos emperadores, personificada en un débil jóven, lo habita; y el Kran, y la Sublime Puerta, y el Mambein lleno de servidores, y el Haren lleno de odaliscas, y los eunucos negros, y los trescientos cocineros, y los cuatro mil dependientes que comen de sus sobras, y el lujo oriental, y la riqueza incalculable que aún queda por su palacio, como los resplandores del dia sobre el ocaso, no han logrado reanimar esa grandeza, perdida por incompatible con el espíritu de nuestro siglo, y por contraria radicalmente á la libertad del hombre, una de las primeras leyes de Dios.

Al verle decaído, trémulo, enteco; guardado contra sus propios vasallos; reducido á pedir proteccion á las naciones extranjeras; rodeado de un ejército que le atribuye su hambre y sus derrotas, y de un sacerdocio que lo aclama en sus plegarias públicas y lo maldice en sus conversaciones secretas; puesto en la necesidad de oír cómo cada dia se emancipa de su tutela histórica uno

de sus pueblos siervos, y se cae de su diadema imperial uno de sus preciados diamantes; aún el ánimo más cierto de que tamañas desgracias son merecidas, duélese considerando cómo representa más que por sus propias culpas, por culpas de sus antepasados y de sus creencias, este decaimiento, el cual deja en los Honorios y en los Augústulos, en la última de las grandes familias, una mancha indeleble y una desgracia inevitable, cuya duración se confunde con la duración misma de la Historia.

Mirad : la Grecia le pide el Epiro y la Macedonia; Rusia le arranca la presa de Bulgaria; Austria se cierne sobre Salónica, después de haberle desposeído de Bosnia y Herzegovina; Servia y Rumanía le niegan hasta el antiguo nominal vasallaje; el Montenegro le obliga tristemente á que vuelva las armas contra los mismos fieles á su bandera; hasta sus amigos históricos se quedan con Chipre; y si la última guerra ha pasado el Danubio y los Balkanes, la próxima llegará hasta el Bósforo y le obligará necesariamente á volverse á sus tierras del Asia. No hay salvación; no puede haberla para el Imperio turco en Europa.

---

## EL IMPERIO ALEMAN

Y

## EL IMPERIO BRITÁNICO.

---

Si el Imperio turco está en decadencia, el Imperio alemán está en auge. ¡Contrarios y extraños destinos! Este Imperio germánico nació bajo el ala maternal de la Iglesia, en los tiempos más tristes y oscuros de la Edad Media. Los carlovingios, que en la Noche-buena del año 800 recibieron la corona imperial, guardada por el Papa entre las ruinas de Roma, dejáronla caer de sus sienes en ménos de un siglo. Y los papas, que por su ministerio universal, por su carácter cosmopolita, por sus luchas internas con Italia, necesitaban de un poder extranjero, entregaron á los Othones de Sajonia el título brillante llevado desde Carlo Magno por los sucesores de Clodoveo de Francia. Agapito II, si no estoy trascordado, fué el primero en conocer la necesidad que tenía, para contrastar el poder del patriciado laico sobre el